

# Francisco Fernández Carvajal

20ª semana. Sábado

## HACER Y ENSEÑAR

— Ejemplaridad de vida. Con las obras hemos de mostrar que Cristo vive.

— Jesús comenzó a hacer y a enseñar. El testimonio de las obras bien acabadas y de la caridad con todos.

— No basta con el ejemplo: es preciso dar doctrina, aprovechando todas las ocasiones y creándolas.

I. Leemos en el Evangelio de la Misa<sup>1</sup> cómo previene el Señor a sus discípulos contra los escribas y fariseos, que se habían sentado en la cátedra de Moisés y enseñaban al pueblo las Escrituras, pero su vida estaba muy lejos de lo que enseñaban: *Haced y cumplid todo cuanto os digan; pero no hagáis según sus obras, pues dicen pero no hacen*. Y comenta San Juan Crisóstomo: «¿Hay algo más triste que un maestro, cuando el único modo de salvar a sus discípulos es decirles que no se fijen en la vida del que les habla?»<sup>2</sup>.

El Señor pide a todos ejemplaridad de vida en medio de los afanes diarios y de un apostolado fecundo. Muchos ejemplos admirables de santidad tenemos a nuestro alrededor, pero hemos de pedir para que, entre los cristianos, los gobernantes, las personas influyentes, los padres de familia, los maestros, los sacerdotes y todos aquellos que de alguna manera han de ser el *buen pastor* para otros, sean cada día más y más santos. El mundo tiene necesidad de *ejemplos vivos*.

En Jesucristo se da en plenitud la unidad de vida, la unión más honda entre palabras y obras. Sus palabras expresan la medida de sus obras, que son siempre maravillosas y acabadas. *Hoy hemos visto cosas increíbles*<sup>3</sup>, dicen las gentes después de que perdonara los pecados al parálítico y le curara. Los mismos fariseos exclamaban en su desconcierto: *¿Qué haremos? Pues este hombre realiza muchas maravillas*<sup>4</sup>. Pero ellos rechazaron el testimonio que proclamaban las obras y se hicieron culpables: *Si Yo no hubiera hecho entre ellos lo que ningún otro hizo jamás, no tendrían pecado*<sup>5</sup>. En otras

ocasiones ya les había invitado a creer por lo que a todos era manifiesto: *Creed al menos por mis obras*<sup>6</sup>. El Señor considera sus hechos como un modo de dar a conocer su doctrina: *Estas mismas obras que hago testifican de Mí*<sup>7</sup>. Acciones y palabras, en la vida oculta y en su ministerio público, proclaman la verdad única de la revelación.

Con hechos de la vida corriente, vivida con heroísmo, hemos de mostrar a todos que Cristo vive. La vocación de apóstol –y todos la hemos recibido en el momento del Bautismo– es la de dar testimonio, con obras y palabras, de la vida y doctrina de Cristo: *Mirad cómo se aman*, decían de los primeros cristianos. Y las gentes quedaban edificadas de esta conducta, y *tenían la simpatía de todo el pueblo*<sup>8</sup>, nos dicen los *Hechos de los Apóstoles*. Y como consecuencia, *el Señor aumentaba todos los días el número de los que habían de salvarse*<sup>9</sup>. Los convertidos a la fe aprovechaban todas las oportunidades para dar razón de su esperanza<sup>10</sup>, para comunicar su alegría a los demás: *los que se dispersaron, andaban de un lugar a otro predicando la palabra del Señor*<sup>11</sup>.

Muchos dieron el supremo testimonio de la fe que profesaban mediante el martirio. Y hasta ese extremo estamos dispuestos nosotros, si el Señor nos lo pidiera. El mártir, con su aparente locura, se convierte para todos en una fuerza poderosa que lleva a Cristo: muchos se convertían al contemplar el martirio. De ahí el nombre de *mártir*, que significa testigo, testimonio de Cristo,

A nosotros, de ordinario, el Señor nos pedirá el testimonio cristiano en medio de una vida corriente, empeñados en unos quehaceres similares a los que han de realizar los demás: «Hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: este es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama»<sup>12</sup>.

II. El amor pide obras: *coepit Iesus facere et docere*<sup>13</sup>, comenzó Jesús a hacer y a enseñar; Él «proclamó el Reino con el testimonio de su vida y con el poder de su Palabra»<sup>14</sup>. No se limitó a hablar ni quiso ser solamente el Maestro que ilumina con una

doctrina maravillosa; por el contrario, «*coepit facere et docere*», comenzó Jesús a hacer y luego a enseñar: tú y yo hemos de dar el testimonio del ejemplo, porque no podemos llevar una doble vida: no podemos enseñar lo que no practicamos. En otras palabras, hemos de enseñar lo que, por lo menos, luchamos por practicar»<sup>15</sup>.

El Señor, en sus largos años de trabajo en Nazaret, nos enseña el valor redentor del trabajo y nos llama a conseguir el mayor prestigio posible dentro de nuestra profesión o estudios: nos pide un trabajo sin chapuzas, con orden, con intensidad, viviendo a la vez una caridad delicada con las personas que realizan la misma tarea: con los compañeros, con los clientes, con los superiores, con los inferiores... También debemos mostrar su doctrina en el modo sobrenatural con que procuramos llevar la enfermedad que se presenta cuando menos la esperábamos, en el descanso, en los apuros económicos y en el éxito profesional, si el Señor quiere que llegue..., en el modo de divertirnos y en la alegría habitual, aun cuando nos cueste mucho esfuerzo el sonreír. Cristo será el mayor motivo del cristiano para estar siempre alegre. Y esa alegría –fruto de la paz del alma– será una señal convincente para que los demás se sientan movidos a buscarle.

El buen ejemplo, consecuencia de una auténtica vida de fe, arrastra siempre. No se trata de dar testimonio de nosotros mismos, sino del Señor. Es preciso actuar de tal manera que, «a través de las acciones del discípulo, pueda descubrirse el rostro del Maestro»<sup>16</sup>, y que podamos decir como San Pablo: *sed imitatores míos, como yo lo soy de Cristo*<sup>17</sup>. Él es el único Modelo, en quien nos hemos de mirar con frecuencia. De modo principal debemos imitarle en la forma de tratar a todos. La caridad fue el distintivo que Jesús nos dejó, y en ella nos han de conocer como discípulos del Señor: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os tenéis amor entre vosotros*<sup>18</sup>. Junto a la alegría y al prestigio profesional, es, además, el medio imprescindible para ejercer el apostolado entre quienes se nos acercan. «Antes de querer hacer santos a todos aquellos a quienes amamos es necesario que les hagamos felices y alegres, pues nada prepara mejor el alma para la gracia como la leticia y la alegría.

»Tú sabes ya (...) que cuando tienes entre las manos los corazones de aquellos a quienes quieres hacer mejores, si los has sabido atraer con la mansedumbre de Cristo, has recorrido ya la mitad de tu camino apostólico. Cuando te quieren y tienen confianza en ti, cuando están contentos, el campo está dispuesto para la siembra. Pues sus corazones están abiertos como una tierra fértil, para recibir el blanco trigo de tu palabra de apóstol o de educador.

»No perdamos nunca de vista que el Señor ha prometido su eficacia a los rostros amables, a los modales afables y cordiales, a la palabra clara y persuasiva que dirige y forma sin herir: *beati mites quoniam ipsi possidebunt terram*, bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. No debemos olvidar nunca que somos hombres que tratamos con otros hombres, aun cuando queramos hacer bien a las almas. No somos ángeles. Y, por tanto, nuestro aspecto, nuestra sonrisa, nuestros modales, son elementos que condicionan la eficacia de nuestro apostolado»<sup>19</sup>.

III. Hacer y enseñar, ejemplo y doctrina. «No basta el hacer para enseñar –escribe San Juan Crisóstomo–, y esto no lo digo yo, sino el mismo Cristo: *el que hiciere -dice- y enseñare, ese será llamado grande (Mt 5, 19)*. Si el mero hacer fuera enseñar, sobraría la segunda parte del dicho del Señor, pues habría bastado con decir: *el que hiciere*; al distinguir las dos cosas nos da a entender que en la perfecta edificación de las almas tienen su parte las obras y la suya las palabras, y mutuamente se necesitan»<sup>20</sup>. No se trata de cosas contrapuestas ni separadas: hablar es un signo, una noticia de Cristo; y vivir es también un signo, un modo de enseñar, que confirma la veracidad del primero. El apostolado «no consiste solo en el testimonio de vida; el verdadero apóstol busca ocasiones para anunciar a Cristo con la palabra, ya a los no creyentes para llevarlos a la fe, ya a los fieles, para instruirlos, confirmarlos y estimularlos a una vida más santa»<sup>21</sup>. ¿Qué puede significar para un pagano la buena conducta de un cristiano, si no se le habla del *tesoro*, Cristo, que hemos encontrado? No damos ejemplo de nosotros mismos, sino de Cristo. Somos sus testigos en el mundo; y un testigo no lo es de sí mismo: da testimonio de una verdad o de unos hechos que debe enseñar. Vivir la fe y proclamar su doctrina es lo que nos pide Jesús.

A través de la propia vida, buscando las ocasiones para hablar, no desaprovechando ni una sola oportunidad que se nos presente, damos a conocer al Señor. Nuestra tarea consiste, en buena parte, en hacer alegre y amable el camino que lleva a Cristo. Si actuamos así, muchos se animarán a seguirlo, y a llevar la alegría y la paz del Señor a otros hombres.

Cuando aquella mujer del pueblo, maravillada por la doctrina de Jesús, hace el elogio de la Madre del Señor, Jesús responde: *Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan*<sup>22</sup>. Nadie como María Santísima ha cumplido esa recomendación de su Hijo; a Ella, que es para nosotros ejemplo amable de todas las virtudes, nos encomendamos para sacar adelante nuestros propósitos de ejemplaridad en la conducta diaria.

**1** Mt 23, 1-12. — **2** SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre San Mateo*, 72, 1. — **3** Lc 5, 26. — **4** Jn 11, 47. — **5** Jn 15, 24. — **6** Jn 14, 11. — **7** Jn 5, 26. — **8** Hech 2, 47. — **9** *Ibidem*. — **10** Cfr. 1 Pdr 3, 15. — **11** Hech 8, 4. — **12** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 122. — **13** Hech 1, 1. — **14** CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 35. — **15** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 694. — **16** ÍDEM, *Es Cristo que pasa*, 105. — **17** 1 Cor 4, 16. — **18** Jn 13, 35. — **19** S. CANALS, *Ascética meditada*, Rialp, 14ª ed. Madrid 1980, pp. 74-76. — **20** SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Sobre el sacerdocio*, 4, 8. — **21** CONC. VAT. II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, 6. — **22** Lc 11, 28.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.